

Abba: La espiritualidad de Jesús

*Gastón Ortega**

Introducción

¿Cómo vivió Jesús su relación con Dios?, ¿Cuál es su originalidad?, ¿En qué compromiso esta fe su vida?, ¿Cuál es la motivación de sus obras?. Este ensayo fue presentado el año pasado al Programa de Formación para Laicos “*Magis*” de las Comunidades de Vida Cristiana (CVX). Los retos decisivos están en los Ejercicios de la vida cotidiana, no sólo en la docilidad a la presencia amorosa y liberadora del Señor, sino también en la humildad de dar testimonio de su amor.

La experiencia religiosa de Jesús no podría entenderse sin valorar su particular vivencia de Dios, no solamente como el Dios de Abraham y de Moisés, como el Altísimo... sino sobretudo como “mi Padre”. Sin embargo, antes echaremos un vistazo a la idea de Dios como Padre en la Historia de las Religiones, de modo que podamos reconocer la originalidad de Jesús en este recurso. En el capítulo dos nos introduciremos en la tradición bíblica, primero en el AT para conocer la noción veterotestamentaria de la palabra Padre aplicada a las relaciones de Dios con Israel; después veremos en el NT cómo Jesús lleva a su plenitud la idea de la paternidad divina, no tanto en su discurso, lo cual es de por sí novedoso, sino sobretudo en la práctica de las relaciones con Dios, a quien se dirigió como a su propio Padre. Por

* Miembro de CVX, Nicaragua. Profesor de Ética en la UCA, Managua.

último, concluiremos con algunos comentarios acerca de la espiritualidad de Jesús en relación con su identidad y su misión.

I. Dios como Padre en la Historia de las Religiones

En el Medio Oriente antiguo, la idea de Dios como “Padre” parece muy difundida, incluso como una característica natural dentro de la Historia de las religiones. Asirios, Babilonios, Egipcios dan testimonio escrito de esta constante, cuando se dirigen a sus dioses invocándolos como Padre: “fuente de vida”, “protector”, “progenitor”¹. Este título de “Padre” entabla una relación de parentesco (filial) entre dios y sus devotos, empezando por los reyes, quienes se consideraban a sí mismos y por sus súbditos como “hijos de Dios”, lo cual implica también una participación privilegiada de la divinidad y su correspondiente autoridad sobre las personas. Por otro lado, una práctica ampliamente aceptada era que familias, tribus y pueblos establecieran conexiones genealógicas de descendencia con algunas divinidades². Sin embargo, no se halla en el A.T. esta tendencia.

Muchos autores veterotestamentarios evitaron el empleo del término “padre” para referirse a Yavé: en parte por el profundo respeto al Dios de Israel y en parte por la notable diferencia respecto a los dioses paganos. Yavé se proclama como único y soberano Dios del mundo, que reclama justicia y fidelidad a su alianza con Israel.

*Yo soy el Señor, tu Dios,
el que te sacó de Egipto.
No tendrás otro Dios Fuera de mí. (Exodo 20:2-3).
si guardan fielmente mi alianza
ustedes serán el pueblo de mi propiedad
entre todos los pueblos, Por que toda la tierra es mía. (Exodo
19:5-6)*

En cambio el culto fenicio y cananeo adoraba la figura del toro como símbolo de la potencia generativa divina. Eran religiones naturalistas donde el nombre de “padre” se empleaba en los ritos mágicos y sexuales que celebraban la fertilidad.

¹ W. Marchel, *Abba Padre*, Barcelona 1967, 13-17.

² J. Jeremías, *Abba*, Salamanca 1989, 19.

II. Dios como Padre en el Antiguo Testamento

La palabra "Padre" aparece en el A.T. durante el Siglo VII a. C. con *Dt. 32: 6*: Yavé destaca su paternidad en la elección de Israel. La relación padre-hijo se comprende como la fidelidad de Israel a Yavé y su alianza³, no como una explicación de su existencia natural, la cual ya estaba definida a partir de Abraham y Jacob.

*¡Pueblo necio e insensato!
¿Por ventura no es él tu padre?,
que te rescató, que te hizo y, te crió? (Dt 32,6).*

La liberación de Egipto se sitúa dentro de la relación paternal de Dios con Israel, su hijo:

*Cuando Israel era un niño
Yo le amé, de Egipto llamé
a mi hijo. (Os 11,1)
Incluso los cuarenta años de peregrinación por el desierto,
Acuérdate del camino
que el Señor tu Dios
te ha hecho recorrer...
El Señor tu Dios te corrige
como un padre a su hijo (Dt 8,2.5)*

Esta dimensión de amor paternal penetró también en las invocaciones litúrgicas.

*Tú, Señor, eres nuestro padre,
nuestro redentor desde la eternidad...
tú eres nuestro padre,
nosotros somos el barro
y tú el alfarero... (Is 63,16; 64,7)*

³ W. Marchel, o. c., 19. W Kasper *El Dios de Jesucristo*, Salamanca 1985, 167 afirma que "la paternidad de Dios y la filiación de Israel, no se conciben, pues, mitológicamente, sino en la experiencia concreta de una acción salvadora realizada en la historia", es decir la liberación de Egipto, de donde surge la Alianza del Sinaí.

El N.T. aplicó a la monarquía la concepción oriental del valor divino del soberano:

Seré para él un padre
y él será para mí un hijo.
Si hace el mal, lo castigaré como hacen los hombres.
Pero no le retiraré mi favor. (2 Sam. 7,14)

También encontramos referencias al amor paternal de Dios en la oración piadosa de creyentes que se dirigen a Yavé como Padre, pidiendo misericordia y protección, fortaleza contra las propias debilidades.

¡Oh Señor, Padre y dueño de mi vida!,
no permitas que mi lengua me domine,
no permitas que me haga caer.
¡Quién aplicara el látigo a mis pensamientos
para que no queden sin castigo mis errores
ni se pasen por alto mis pecados! (Eclo. 23,1-2).
Sé como un padre para los huérfanos
y protege a su madre como un marido,
así serás como un hijo del Altísimo
y él te amará más que tu propia madre.

Es fácil comprender que la cultura y la fe israelita no se mantuvieran “puras”, inmunes a las influencias de los pueblos vecinos. Esto siempre supuso un riesgo latente para la fidelidad a Yavé y a su Alianza. Así pues, la noción de Dios como Padre también penetró en las concepciones religiosas de Israel a partir de la idea ampliamente difundida en el Medio Oriente Antiguo. No obstante, dicha noción fue enriquecida con la originalidad de la fe en el Dios de Israel: su historicidad⁴.

Tal y como hemos anotado anteriormente Yavé ha mostrado en actos concretos e históricos sus cualidades de Dios soberano, paternal, omnipotente, justo, misericordioso: iniciando con la salida de Egipto. El desarrollo de la conciencia de un Dios amoroso, incomprensiblemente decidido a cuidar de Israel sin interesar su condición insignificante y a pesar de su obcecada

⁴ J. Jeremías, o. c. 20

infidelidad, también se fue perfilando sobre la base de la experiencia histórica de la paternidad divina⁵.

Es así que encontramos a lo largo del A.T. expresiones que nos hablan de Dios como Padre o de la imagen paternal de Dios.

Yo había pensado contarte entre mis hijos,
darte una tierra deliciosa,
la herencia más preciosa entre las naciones.
Pensaba: "me llamarás Padre mío".
Pero como una mujer traiciona a su amado.
así me traicionaste tú a mí, Israel. (*Jer 3: 19-20*)

La protesta apasionada de Yavé apunta a la decepción de Israel como hijo de *Dios* (*Dt. 32: 5-6*). Pero otros textos subliman la ingratitud constante de Israel ante el amor paternal de Dios.

Yo enseñé a Efraín a caminar
Y lo tomé en mis brazos . . .
Regresarán a Egipto y Asiria será su rey,
Por no haber querido volver a mí.
¿Acaso puedo abandonarte, Israel?
Mi corazón se conmueve,
Mis entrañas se estremecen (*Os 11: 3,5,8*)

Y por si fuera poco, la misericordia de Yavé es infinita, "una necesidad absoluta" que⁶ incluso rebasa el patrón maternal de la ternura y la compasión.

Sión decía: "Dios me ha abandonado,
El Señor me ha olvidado"
¿Acaso olvida una madre
a su niño de pecho y deja de querer
al hijo de sus entrañas?
Pues aunque ella se olvide,
Yo no te olvidaré. (*Is. 49: 14-15*).

⁵ A. Torres Queiruga, *Creo en Dios Padre*, Santander 1986, p-90.

⁶ J. Jeremías, o.c., p. 23.

III. ABBA: El Dios de Jesús

Con la aparición de Jesús de Nazaret en el escenario del N.T., su práctica y su predicación, la nación de paternidad divina llega a su pleno desarrollo. La palabra "padre" aplicada a Dios en boca de Jesús aparece al menor 170 veces⁷. La mayoría de autores especializados en la materia atribuyen al propio Jesús histórico el uso particular del vocablo arameo *Abbá* para dirigirse a Dios, introduciendo una innovación osada y radical no sólo respecto a la designación de Dios como Padre, sino también respecto a su experiencia única de Dios como Padre⁸.

A. Las Palabras de Jesús

Según los Evangelios la denominación de Dios como Padre es muy abundante en las palabras de Jesús:

Marcos: 4	Lucas: 15	Mateo: 42	Juan: 109 veces
-----------	-----------	-----------	-----------------

Para J. Jeremías podemos diferenciar tres formas distintas en estas referencias. Una cuando Jesús habla de Dios como de "el Padre"

"En cuanto al día y la hora, nadie lo sabe, ni siquiera los ángeles del cielo ni el Hijo, sino el Padre" (Mc 13, 32).

La segunda corresponde a la designación de Dios como "vuestro Padre".

"No llaméis Padre a nadie en la tierra, pues uno solo es vuestro Padre: el del cielo" (Mt 23, 9).

La tercera forma básica para que Jesús se dirija a Dios se relaciona con una "apropiación" personal (pronombre posesivo), "mi Padre":

⁷ W. Kasper. *El Dios de Jesucristo*, Salamanca 1985, 168

⁸ W. Kasper, o.c. p. 170. Otros autores, por citar algunos reconocidos son: E. Schillebeeckx, *Jesús historia de un viviente*, Ediciones cristiandad, Madrid p. 234, 1981; también J. Jeremías, o.c. 59 y 163.

"Mi Padre me ha transmitido
todo y nadie conoce al Hijo sino
el Padre, tampoco nadie conoce al
Padre sino el Hijo y aquel a quien
El hijo se lo quiera revelar (Mt 11, 27).

Siguiendo a J. Jeremías, las tradiciones más antiguas de estas denominaciones en labios de Jesús marcan una tendencia de relación entre Dios y el misterio de la revelación con la persona del mismo Jesús. La palabra "Padre" denota una especie de "expresión" singular de esa relación en la conciencia y experiencia de Jesús. En *Mt 11,25* Jesús da gracias al Padre no tanto por "ocultar", sino precisamente por "revelar". En la cita de arriba "transmitir" se refiere a un conocimiento sagrado, así como "estas cosas" del v.25 significan los misterios del Reino. Esta tendencia de la relación entre "Padre" y conocimiento sagrado apunta a un elemento singular y muy significativo en la espiritualidad de Jesús: en cuanto experimenta la paternidad de Dios, entonces se le revelan, los misterios del Reino y conociéndolos, como conoce a Dios, que es su Padre, también los puede transmitir.

La comparación Padre-Hijo es una imagen familiar, usual y común en el medio ambiente judío: un padre conoce de veras a su hijo, como también un hijo conoce de veras a su Padre. Su significado exacto nos lo da *Jn 10,15*: «lo mismo que el Padre me conoce, yo también conozco al Padre». En *Mt 11,27* Jesús manifiesta su "conciencia del ser el enviado del Padre, aquél que de una forma única recibe y transmite el conocimiento de Dios". Cabe señalar que las formas "vuestro Padre" y "mi Padre" estaban reservadas para dirigirse a sus discípulos. Esta enseñanza privada es la que motivó la separación de ese círculo de discípulos respecto a la gente. En cambio, para la predicación pública Jesús recurriría simplemente a la imagen terrenal del padre para hablar de Dios.

B. ABBA: la espiritualidad de Jesús

Ya hemos hablado de la constante referencia de Jesús a Dios como Padre. Esta característica va más allá de sus discursos, ya que la encontramos también en la casi totalidad de sus oraciones, incluso en las de tradición más antigua como el jubilo de Jesús en *Mt 11, 25-26*, el

Padrenuestro de Lucas y la oración de Getsemaní, utilizando aquí el arameo *Abba*. Un dato relevante es que la liturgia judía no contempla esta forma en sus textos⁹, mientras que Jesús la utiliza normalmente¹⁰.

La expresión aramea *Abbá* está tomada del ambiente familiar, donde los niños (incluso los adultos) llaman así a sus padres para manifestar confianza, obediencia y cariño. Puesta en sus oraciones, la expresión *Abbá* indica la confianza con que Jesús vive su relación con Dios: no sólo "mi Padre", sino "mi papito". Se trata de una espiritualidad muy original de Jesús y al parecer muy importante ya que la iglesia primitiva conservó la invocación *Abbá* y la transmitió a las comunidades de lengua griega (*Rom 8,15; Gal 4,6*), quienes también la incorporaron y conservaron a pesar de ser un vocablo extranjero. Por otro lado Jesús enseña a orar a sus discípulos el Padre Nuestro, pero no lo reza con ellos¹¹. Esta actitud de Jesús coincide con la distinción entre "mi Padre" y "vuestro Padre" cuando habla de Dios. La invocación *Abbá* se relaciona estrechamente con la expresión "mi Padre": no sólo en la propiedad "personal" y "original" de los términos, sino también por la presencia de la palabra "revelar" cuando habla de Dios (*Mt 11, 27*), así como también cuando la reza (*Mt 11,25*). Por lo tanto, en las oraciones de Jesús, *Abbá* es también una afirmación de autoridad. Cuando orienta la oración de sus discípulos les hace participar de su relación con Dios y les da derecho a llamarlo *Abbá*, derecho a ser, a hacerse y a sentirse hijos auténticos de Dios.

C. Abba: identidad y misión de Jesús

En Israel, nadie había conocido a Dios como Jesús. Pero podríamos decir que este conocimiento de Jesús sólo es posible y tiene sentido en la medida que reconoce a Dios como Padre. Por eso lo invoca jubiloso como *Abbá* (*Mt 11,25*). Este proceso implica su propio reconocimiento como Hijo. Jesús está orientado hacia Dios y se autoconoce en esa relación; en la medida que conoce a Dios como Padre, también se conoce a sí mismo como el Hijo. No se trata aquí de un simple conocimiento intelectual, sino de "conocimiento interno" como sugiere San Ignacio, de experiencia íntima de comunión con Dios, descubierto como *Abbá*, como mi papito querido. Jesús

⁹ E. Schillebeeckx, o.c., 235.

¹⁰ O.c., 237. Ver también W. Kasper, o.c., 170.

¹¹ E. Schillebeeckx, o.c., 240.

vivió la existencia auténtica de un hombre sometido a la ley del crecimiento y el devenir en la búsqueda de la realización humana: ¿quién soy, para qué existo? Teniendo su origen en el Padre, también debía buscarlo consintiendo a través de su propia libertad.¹²

"... comenzó a sentir pavor y angustia... 'Mi alma está triste... 'y decía: ¡Abbá, Padre! todo es posible para ti; aparta de mi esta copa; pero que no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú". (Mc 14, 36).

Así, pues, Jesús tomó conciencia de su identidad como Hijo realizando la experiencia de la paternidad de Dios en la historia de su propia vida. Esta experiencia antropológica y espiritual es la que fundamenta y da sentido a su misión de Mesías.

Hasta aquí, la espiritualidad de Jesús y la "manifestación" de su identidad sólo llegan al escándalo de la irreverencia e irrespeto hacia el Dios de Israel en la mentalidad de sus oyentes. Espiritualidad, identidad y misión constituyen en Jesús una trilogía tan radical como desbordante. La vivencia de Dios como *Abbá* y su conciencia de Hijo autorizan y comprometen a Jesús para decir lo que dijo y vivir como vivió. La unión de su espiritualidad y su conciencia filial con su mensaje y su actividad es lo que hizo de Jesús un hombre en conflicto: la llegada del Reinado de Dios, no tanto como realidad espacial, sino como acontecimiento histórico de la soberanía de Dios a favor de la humanidad, inaugurado a través de su propia persona.

La conducta y la predicación de Jesús se basan en la experiencia personal de un Dios preocupado por la historia humana y decidido a comprometerse con el futuro de la humanidad, un Dios que no quiere reconocer la supremacía del mal. Esta convicción de Jesús se realiza en sus milagros, parábolas, su trato con publicanos y pecadores, su oferta de salvación, su postura ante la ley, el sábado y el templo. La vida de Jesús no puede deducirse de una particular interpretación de la historia, más bien la contrasta. La esperanza de salvación anunciada con la llegada del Reino (*Lc 4, 18-21*) en la persona de Jesús no se puede deducir del contexto histórico que le tocó vivir: un mundo parecido al de hoy en día lacerado por el egoísmo y las injusticias. La esperanza del proyecto de Jesús, que es el

¹² F. Xavier Durwell, *Nuestro Padre*, Salamanca 1990, 184-191.

proyecto del Padre, sólo se desprende de su particular experiencia religiosa: el Reino prometido por Yavé y esperado ansiosamente por Israel, la soberanía liberadora de Dios amante y paterno, puede y debe instaurarse en la historia porque Jesús así lo experimenta en su propia vida. Esta es la Buena Nueva de Jesús respecto al Antiguo Testamento y al mundo de su tiempo.

Conclusiones

Lo primero que podemos decir es que es imposible ser discípulo de Jesús sin referir nuestra fe al Dios en el que él mismo creyó. Frecuentemente nos sentimos cautivados por el proyecto de Jesús descuidando la fuente y el sentido que inspiró su vida: la experiencia íntima de Dios como amor paternal. Jesús no sólo nos habla de Dios, sino que nos dio a conocer su nombre: *Abbá*, mi papito querido. Creer en Dios como Padre le revela a Jesús su identidad de filiación. Uno de los retos de nuestra fe cristiana es adentrarnos en esta misteriosa experiencia de encuentro con Dios que nos califica para reproducir la imagen del Hijo en el mundo de hoy. Jesús nos anuncia a un Dios cercano y familiar al que se puede acudir con la confianza de un niño. Conociendo al Padre también reconocemos nuestra originalidad: que estamos hechos a su imagen y semejanza, que El nos hizo y somos suyos, que venimos de El y hacia El nos dirigimos como nuestro Principio y Fundamento. (EE. n. 23)

Otro aspecto importante es la misión. La vivencia que tiene Jesús de Dios como "su" Padre es lo que da sentido a su acción y a su convicción de que con su persona se realizaba la voluntad de Dios. Jesús se siente Hijo involucrándose en los asuntos de su Padre, participa activamente en la voluntad paterna de comprometerse con el futuro de sus hijos, de modo que no sólo habla del proyecto del Padre, sino que arriesga su vida hasta la muerte por cumplir la voluntad del Padre: el Reino. La soberanía amorosa de Dios debe realizarse ya en la historia, tal como lo experimenta Jesús en su propia vida.

Todo esto hace ver que desde la experiencia cristiana de Dios no se trata tanto de aprender a SER como Dios quiere, como de aprender a CONSENTIR con el Padre para HACER las cosas que a El le gustan. SER cristiano implica estabilidad y estancamiento: creer que ya somos

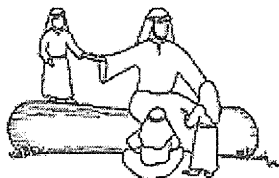
cristianos debilita la dimensión escatológica del Reino. HACERSE cristiano implica movimiento y desinstalación, seguridad del Espíritu que nos abre el corazón para "gustar y sentir" las cosas del Padre como una tarea diaria de la vida cotidiana. Somos hijos en la medida que nos hacemos y nos orientamos hacia nuestro origen. Fe en Dios y proyecto de vida personal no constituyen una pesada deuda externa que descapitaliza nuestra "dignidad humana" a favor de ingratas exigencias divinas. La espiritualidad de Jesús nos invita a gustar y sentir la misericordia del Padre que ama este mundo y quiere la vida plena para sus hijos, consintiendo con nuestra propia libertad, al igual que Jesús en Getsemaní, para optar según nuestro origen en Dios: desear el Reino que es lo que nos realiza como personas y lo que el Padre desea para este mundo.

Hasta hace pocos años la familia, la sociedad, el cristianismo nos insistían (hoy en día hay nuevos énfasis) en la importancia de llegar a "ser alguien" y fuera lo que fuera debíamos "ser alguien" con apellido de cristiano: profesional cristiano, matrimonio cristiano... había que ser buen cristiano también en general.

Entonces aprendimos que yendo a la escuela, oyendo misa y asistiendo a los pobres garantizábamos el "ser alguien" y el "ser cristiano". Lentamente nos dimos cuenta que faltaba algo: éramos buenos, pero no hacíamos el bien, nos contentamos con la garantía que nos brindaba el hacer cosas buenas, es decir que confundimos el Reino con determinados actos y actividades.

El deseo y el empeño de ser buenos no son malos, pero no bastan. A veces somos lo que pensamos, a veces somos lo que podemos, otras veces somos lo que queremos, pero siempre somos lo que hacemos: aquí se muestran nuestros deseos y potencialidades reales, en el hacer se desnuda nuestro interior. Para Jesús lo que cuenta el día final es lo que hicimos con los pequeños, con Él (*Mt 25, 31-40*). Hasta aquí hallamos una primera clave de interpretación y valoración de la auténtica espiritualidad cristiana. Para Jesús lo importante es hacer el bien. El día del juicio final todos los seres humanos pasaremos la misma prueba. Hacer el bien sería un criterio de valoración común para toda la humanidad desde una perspectiva antropológica del Reino.

La otra clave está en el con-sentir. Como se puede ver a lo largo de este trabajo, Jesús descubrió y aprendió a identificarse con los deseos y sentimientos del Padre, con la voluntad de ser Padre como la garantía y sentido de su palabra y su acción, de su vida y de su muerte. Pues Jesús nos enseña que nuestra humanización está ligada al "con-sentimiento" con el Padre. No se trata de obligarnos a desear o tener afectos ajenos, aunque sean nobles, sublimes y divinos. Se trata de ejercitarnos en la experiencia de descubrir y darle paso a los deseos y sentimientos de los que estamos hechos (*cf Gen 1, 26-27*), a la imagen que nos constituye y nos realiza como personas, como hermanos, como Hijos del Padre. Esta sería la perspectiva teológica planteada en la espiritualidad de Jesús.



Finalizando podemos decir que desde Jesús podemos proponer una espiritualidad humana basada en la solidaridad (hacer el bien), como el primer estadio de la espiritualidad de Jesús. El segundo estadio estaría caracterizado por la experiencia de Dios como *Abba*, Padre: hacer el bien es construir el Reino con-sintiendo con el Padre, haciendo "nuestra" su voluntad. Por último, sentir con el Padre para hacer el bien contribuye a la realización del Reino de Dios YA en la tierra, PERO TODAVÍA NO en la plenitud. Esta sería la perspectiva del ser, es decir la escatología: lo que somos y seremos está reservado para el final (*Rom 8, 19*). El Reino viene y nosotros aguardamos activamente, preparando su llegada es que nos acercamos a nuestro destino.